

pueda para corresponder a lo que usted espera de mí.

—Así debe ser. Vete tranquilo. Estoy seguro de que a tu regreso yo habré conseguido llevar a cabo con fortuna los proyectos que tengo para pagar lo que debo. Tu posición será, pues, muy buena dentro de cuatro años, y María será entonces tu esposa.

Permaneció silencioso otra vez por algunos momentos, y deteniéndose al fin delante de mí, dijo:

—Vamos, pues, a escribir; tráeme aquí lo necesario, no sea que me sienta mal salir al escritorio.

Había acabado de dictarme una carta para el señor A***, y quiso que mi madre la oyera leer. Esto era en el fondo lo que leí, a tiempo que María entró trayendo el servicio de té para mi padre, ayudada por Estéfana:

«Efraín estará listo para marcharse a Cali el 30 de enero; lo encontrará usted allí, y podrán seguir para la Buenaventura el 2 de febrero, como usted lo desea».

Seguían las fórmulas de estilo. María, a quien daba yo la espalda, puso sobre la mesa y al alcance de mi padre, el plato y la taza que llevaba. Quedó, al hacerlo, iluminada de lleno por la luz de la mesa; estaba casi lívida; al recibir la tetera que le presentaba Estéfana, se apoyó con la mano izquierda en el respaldo de la silla que yo ocupaba, y tuvo que sentarse en el sofá inmediato mientras mi padre se servía el azúcar. El le presentó la taza y ella se puso en pie para llenarla; pero le temblaba la mano de tal manera, que viendo mi padre que el té se derramaba, miró a María, diciéndola:

—Basta... basta, hija.

No se le ocultaba a él la causa de aquella turbación. Siguiendo a María con la mirada mientras ella se dirigía apresuradamente al comedor, y fijándola después en mi madre, le hizo esta pregunta, que sus labios no tenían necesidad de pronunciar

—¿Ves esto?

Todos quedamos en silencio; y a poco salí yo con pretexto de llevar al escritorio los útiles que había traído.

XXXIX

A las ocho sonó la campanilla para ir al comedor; pero no me consideré con la serenidad necesaria para estar cerca de María después de lo ocurrido. Mi madre llamó a la puerta de mi cuarto.

—¿Es posible—me dijo cuando hubo entrado,—que te dejes dominar así por ese pesar? ¿No podrías, pues, hacerte fuerte como otras veces? Así ha de ser, no sólo porque tu padre se disgustará, sino porque eres el llamado a darle ánimo a María.

En su voz había, al hablarme así, un dulce acento de reconvención hermanado con el más musical de la ternura. Continuó haciéndome la relación de todas las ventajas que iba a reportarme aquel viaje, sin ocultarme los dolores por los cuales tendría que pasar, y terminó diciendo:

—Yo, en estos cuatro años que no estarás a mi lado, veré en María, no solamente una hija querida, sino a una mujer destinada a hacerte feliz y que tanto ha sabido merecer el amor que la tienes; le hablaré constantemente de tí y procuraré hacerle esperar tu regreso como premio de tu obediencia y de la suya.

Levanté entonces la cabeza, que sostenía con mis manos sobre la mesa, y nuestros ojos, arrastrados de lágrimas, se buscaron y se prometieron que los labios no sabían decir.

—Vé, pues, al comedor—me dijo antes de salir,—y disimula cuanto te sea posible. Tu padre y yo hemos estado hablando mucho respecto de tí y es muy posible que se resuelva hacer lo que puede servirte ya de mayor consuelo.

Solamente Emma y María estaban en el comedor. Siempre que mi padre dejaba de asistir a

la mesa, yo ocupaba la cabecera. Sentadas a uno y otro lado de ella, me esperaban las dos, y se pasó algún espacio sin que hablásemos. Sus fisonomías, ambas tan bellas, denunciaban mayor pena que hubieran podido expresar; pero estaba menos pálida la de mi hermana, y sus miradas no tenían aquella brillante languidez de ojos hermosos que han llorado. Esta me dijo:

—¿Vas, por fin, mañana a la hacienda?

—Sí, pero no estaré allí sino dos días.

—Llevarás a Juan Ángel para que vea a su madre; tal vez haya ella empeorado.

—Lo llevaré. Higinio escribe que Feliciano está peor y que el doctor Mayn, que la había estado recetando, ha dejado de hacerlo desde ayer, por haber salido a Cali, donde se le llamaba con urgencia.

—Dile a Feliciano muchas cosas afectuosas en nuestro nombre—me dijo María,—que si sigue enferma, le suplicamos a mamá que nos lleve a verla.

Emma volvió a interrumpir el silencio que había seguido al diálogo anterior, para decirme:

—Tránsito, Lucía y Braulio estuvieron aquí esta tarde y sintieron mucho no encontrarte; te dejaron muchos saludos. Nosotros habíamos pensado ir a verlas el domingo próximo: se han manejado tan finamente durante la enfermedad de papá...

—Iremos el lunes, que ya estaré yo aquí—le repuse.

—Si hubieras visto lo que se entristecieron cuando les hablé de tu viaje a Europa...

María me ocultó el rostro, volviéndose como a buscar algo en la mesa inmediata, mas ya había visto yo brillar las lágrimas que ella intentaba ocultarnos. Estéfana vino en aquel momento a decirle que mi madre la llamaba. Paseábame por el comedor con la esperanza de poder hablar a María antes de que se retirase. Emma me dirigía algunas veces la palabra, como para distraerme de las penosas reflexiones que conocía me esta-

ban atormentando. La noche continuaba serena; los rosales estaban inmóviles; en las copas de los árboles cercanos no se percibía un susurro; y solamente los sollozos del río turbaban aquella calma y silencio imponente.

Sobre los ropajes turquíes de las montañas blanqueaban algunas nubes desgarradas, como chales de gasa nivea que el viento hiciese ondear sobre la falda azul de una odalisca, y la bóveda diáfana del cielo se arqueaba sobre aquellas cumbres sin nombre, semejantes a una urna convexa de cristal azulado incrustada de diamantes. María tardaba ya. Mi madre se acercó a indicarme que pasara al salón: me supuse que deseaba aliviarme con sus dulces promesas. Sentado mi padre en un sofá, tenía a su lado a María, cuyos ojos no se levantaron para verme. Aquél me señaló el lugar desocupado cerca de ella. Mi madre se colocó en una butaca inmediata a la que ocupaba mi padre.

—Bien, hija mía—dijo éste a María, la cual, con los ojos bajos aún, jugaba con la peineta de sus cabellos,—¿quieres que repita la pregunta que te hice cuando tu mamá salió, para que me respondas delante de Efraín?

Mi padre sonreía y ella movió lentamente la cabeza en señal de negativa.

—Y entonces, ¿cómo haremos?—insistió él.

María se atrevió a mirarme un instante, y esa mirada lo reveló todo; ¡aún no habían pasado nuestros días de felicidad!

—¿No es cierto—volvió a preguntarle mi padre,—que prometes a Efraín ser su esposa cuando regrese de Europa?

Ella volvió, después de unos momentos de silencio, a buscar mis ojos con los suyos, y ocultándose de nuevo sus miradas negras y pudorosas, respondió:

—Si él lo quiere así...

—¿No sabes si lo quiere?—la replicó casi riendo mi padre.

María calló sonrojada, y las vivas tintas que

en sus mejillas mostró ese rubor, no desaparecieron aquella noche. Mirábala mi madre de la manera más tierna que ojos de madre pueden mirar. Creí por un instante que estaba gozando de alguno de esos sueños en que María me hablaba, y en que sus miradas tenían la brillante humedad que estaba espiando en ellas.

—¿Tú sabes que lo quiero así? ¿No es cierto? —la dije.

—Sí, lo sé—contestó con voz apagada.

—Dí a Efraín ahora—la dijo mi padre sin sonreírse ya—las condiciones con que tú y yo le hacemos esa promesa.

—Con la condición—dijo María,—de que se vaya contento cuanto es posible.

—¿Cuál otra, hija?

—La otra es que estudie mucho para volver pronto... ¿no es así?

—Sí—contestó mi padre, besándole la frente,—y para merecerte. Las demás condiciones las pondrás tú. ¿Conque, te gustan?—añadió volviéndose a mí y poniéndose en pie.

Yo no tuve palabras que responderle, y estreché fuertemente entre las mías la mano que él me tendía al decirme:

—Hasta el lunes, pues; fíjate bien en mis instrucciones y lee muchas veces el pliego.

Mi madre se acercó a nosotros y abrazó nuestras cabezas juntándolas de modo que involuntariamente tocaron mis labios la mejilla de María; y salió, dejándonos solos en el salón. Largo tiempo debió transcurrir desde que mi mano se apoderó en el sofá de la de María y nuestros ojos se encontraron para no cesar de mirarse hasta que sus labios pronunciaron estas palabras:

—¡Qué bueno es papá! ¿No es verdad?

Le indiqué que sí, sin que mis labios pudieran balbucear una sílaba.

—¿Por qué no hablas? ¿Te parecen buenas las condiciones que pone?

—Sí, María; ¿y cuáles son las tuyas, en pago de tanto bien?

—Una sola.

—Díla.

—Tú la sabes.

—Sí, sí; pero hoy debes decirlo.

—Que me ames siempre así—respondió.

Y enlazó su mano más estrechamente con la mía.

XII

Cuando llegué a las haciendas a la mañana del día siguiente, encontré en la casa habitación al médico que reemplazaba a Mayn en la asistencia de Feliciano. El, por su porte y fisonomía, parecía más un capitán retirado, que lo que aseguraba ser. Me hizo saber que había perdido toda esperanza de salvar a la enferma, pues estaba atacada de una hemoptisis en su último período, que resistía a toda clase de remedios, y concluyó manifestándome su opinión de que se llamara un sacerdote. Entré en el aposento donde se hallaba Feliciano. Ya estaba Juan Angel allí, y se admiraba de que su madre no le respondiera «al alabarle a Dios».

Al encontrar a Feliciano en tan desesperante estado, no podía menos de conmovirme. Dí orden para que se aumentase el número de esclavas que la servían; hice colocarla en una pieza más cómoda, a lo que ella se había opuesto humildemente, y se mandó por el sacerdote al pueblo. Aquella mujer, que iba a morir lejos de su patria; aquella mujer que tanto afecto me había tenido desde que fué a nuestra casa, en cuyos brazos dormió tantas veces María siendo niña... Pero me aquí su historia, que referida por Feliciano en rústico y patético lenguaje, entretuvo algunas veladas de mi infancia. Magmahú había sido desde su adolescencia uno de los jefes más distinguidos de los ejércitos de Achanti. (1), nación po-

(1) Cantú, hablando de los achantis, dice: «Son negros, pero se distinguen de las razas del mismo color, pareciéndose más a los abisinios, en razón de que tienen el pelo largo y lacio, barba, rostro ovalado, nariz aguileña y el cuerpo bien proporcionado... El espíritu guerrero es general entre ellos, y son soldados desde que se encuentran en edad de tomar las armas.

derosa de Africa occidental. El denuedo y pericia que había mostrado en las frecuentes guerras que el rey Say Tuto Kuamina sostuvo con los Achimis hasta la muerte de Osué, caudillo de éstos; la completa victoria que alcanzó sobre las tribus del litoral insurreccionadas contra su rey por Carlos Macharty, a quien Magmahú mismo dió muerte en el campo de batalla, hicieron que el monarca le colmara de honores y riquezas, confiándole al propio tiempo el mando de todas sus tropas, a despecho de los émulos del afortunado guerrero, los cuales no le perdonaron nunca el haber merecido tamañio favor. Pasada la corta paz conseguida con el vencimiento de Macharty, pues los ingleses, con ejército propio ya, amenazaban a los achantis, todas las fuerzas del reino salieron a campaña. Empeñada la batalla, pocas horas bastaron para convencer a los ingleses de la insuficiencia de sus mortíferas armas contra el valor de los africanos. Indecisa aún la victoria, Magmahú, resplandeciente de oro y terrible en su furor, recorría las huestes, animándolas con su intrepidez; y su voz dominaba el estruendo de las baterías enemigas. Pero en vano envió repetidas órdenes a los jefes de las reservas para que entrasen en combate atacando el flanco más débil de los invasores. La noche interrumpió la lucha, y cuando a la primera luz del siguiente día pasó revista Magmahú a sus tropas, diezmadas por la muerte y la desertión y acobardadas por los jefes, que impidieron la victoria, comprendió que iba a ser vencido, y se preparó para luchar y morir. El rey, que llegó en tales terribles momentos al campo de sus huestes, las vió y pidió la paz. Los ingleses la concedieron y celebraron tratados con Say Tuto Kuamina. Desde aquel día perdió Magmahú el favor de su rey. Irritado el valiente jefe con la injusta conducta del monarca, y no queriendo dar a sus émulos el placer de verle humillado, resolvió expatriarse. Antes de partir, determinó arrojar a las corrientes del Tando la sangre y las cabezas de sus más hermosos es-

clavos, como ofrenda a su dios. Sinar era, entre ellos, el más joven y apuesto. Hijo éste de Orsué, el desdichado caudillo de los Achimis, cayó prisionero lidiando valeroso en la sangrienta jornada en que su padre fué vencido y muerto; mas temiendo Sinar y sus compatriotas esclavos la saña implacable de los Achenteas, le habían ocultado el prisionero que tenían. Solamente Nay, última hija de Magmahú, conoció aquel secreto. Siendo niña todavía cuando Sinar vino como siervo a casa del vencedor de Orsué, la interesó al principio la digna mansedumbre del joven guerrero, y más tarde, su ingenio y hermosura. El la enseñaba las danzas de su tierra natal, los amorosos y sentidos cantares del país de Bambuk (1); la refería las maravillosas leyendas con que su madre le había entretenido en la niñez; y si algunas lágrimas rodaban entonces por la tez úvea de las mejillas del esclavo, Nay solía decirle:

—Yo pediré tu libertad a mi padre para que vuelvas a tu país, puesto que eres tan desdichado aquí.

Y Sinar no respondía; mas sus grandes ojos dejaban de llorar y miraban a su joven señora de manera que ella parecía en aquellos momentos la esclava. Un día en que Nay, acompañada de su servidumbre había salido a pasearse por las cercanías de Cumasia, Sinar, que guiaba el bello avestruz en que iba sentada su señora como sobre blandos cojines de Bornú, hizo andar al ave tan precipitadamente, que a poco se encontraron a gran distancia de la comitiva.

Sinar, deteniéndose, con las miradas llameantes y una sonrisa de triunfo en los labios, dijo a Nay, señalándole un valle que tenían a los pies:

(1) Historiadores y geógrafos, como Cantú y Malte-Brun, dicen que los negros africanos son en extremo aficionados á la danza, cantares y músicas. Siendo el tambuco una música que en nada se asemeja á la de los aborígenes americanos, ni á los aires españoles, no hay ligereza en asegurar que fué traída de Africa por los primeros esclavos que los conquistadores importaron a Cauca, tanto más que el nombre que hoy tiene parece no ser otro que el tambuco levemente alterado.

—Nay, he allí el camino que conduce a mi país; yo voy a huir de mis enemigos, pero tú irás conmigo; serás reina de los Achimis, y la única mujer mía; yo te amaré más que a la madre desventurada que llora mi muerte, y nuestros descendientes serán invencibles, llevando en sus venas tu sangre y la mía. Mira y ven: ¿quién se atreverá a ponerse en mi camino?

Al decir estas últimas palabras, levantó el ancho manto de piel de pantera que le caía de los hombros y bajo él brillaron las culatas de dos pistolas y la guarnición de un sable turco ceñido con un chal rojo de Zerbi.

Sinar, puesto de rodillas, cubrió de besos los pies de Nay, pendientes sobre el mullido plumaje del avestruz; y éste tocaba cariñoso, con el pico, los vistosos ropajes de su señora, muda y absorta, que al oír las amorosas y tremendas palabras del esclavo, reclinó al fin sobre su regazo la bella cabeza de Sinar, diciéndole:

—Tú no quieres ser ingrato conmigo, y dices que me amas y que me llevas a ser reina en tu patria; yo no debo ser ingrata con mi padre, que me amó antes que tú, y a quien mi fuga causaría la desesperación y la muerte. Espera y partiremos juntos con su consentimiento; espera, Sinar, que yo te amo...

Y Sinar se estremeció al sentir sobre su frente los ardientes labios de Nay. Días y días corrieron, y Sinar esperaba, porque en su esclavitud era feliz. Salió Magmahú a campaña contra las tribus insurreccionadas por Macharty, y Sinar no acompañó a su señor a la guerra como los otros esclavos de aquél. El había dicho a Nay:

—Prefiero la muerte antes que ir a combatir contra pueblos que fueron aliados de mi padre.

Ella, en vísperas de marchar las tropas, dió a su amante, sin que él lo echase de ver, una bebida en la cual había deszumado una planta soporífera; y el hijo de Orsué quedó así imposibilitado para marchar, pues permaneció por varios días

dominado de un sueño invencible, el cual interrumpía Nay a voluntad, derramándole en los labios un aceite aromático y vivificante. Mas declarada después la guerra por los ingleses a Say Tulo Knamina, Sinar se presentó a Magmahú para decirle:

—Llévame contigo a las batallas: yo combatiré a tu lado contra los blancos; te prometo que mereceré comer corazones suyos asados por los sacerdotes, y que traeré en el cuello collares de dientes de los hombres rubios.

Nay le dió bálsamos preciosos para curar heridas, y poniendo plumas sagradas en el penacho de su amante, roció con lágrimas el ébano de aquel pecho que ella acababa de ungir con odorífico aceite y polvos de oro. En la sangrienta jornada en que dos jefes achantis, envidiosos de la gloria de Magmahú, le impidieron alcanzar victoria sobre los ingleses, una bala de fusil rompió el brazo izquierdo de Sinar. Terminada la guerra y hecha la paz, el intrépido capitán de los achantis volvió humillado a su hogar; y Nay, durante algunos días, sólo dejó de enjugar el lloro que la ira arrancaba a su padre, para ir oculta y dar alivio a Sinar, curándole amorosamente la herida. Tomada por Magmahú la resolución de abandonar la patria, y ofrecer aquel sangriento sacrificio al río Tando, habló así a su hija:

—Vamos, Nay, a buscar suelo menos ingrato que éste para mis nietos. Los más bellos y famosos jefes del Gambia, país que visité en mi juventud, se engreirán de darme asilo en sus hogares, y de preferirte a sus más bellas mujeres. Estos brazos están todavía fuertes para combatir, y poseo suficientes riquezas para ser poderoso dondequiera que un pecho me cubra... Pero antes de partir, es necesario que aplaquemos la cólera de Tando, ensañado contra mí por amor a la gloria, y que le sacrificuemos lo más grande de nuestros esclavos; Sinar entre ellos, el primero.

Nay cayó sin sentido al oír aquella terrible sentencia, dejando escapar de sus labios el nombre de Sinar. La recogieron sus esclavas, y Magmahú, fuera de sí, hizo venir a Sinar ante su presencia. Desenvainando el sable, dijo, tartamudeando de ira:

—¡Esclavo! has puesto tus ojos en mi hija; en castigo haré que se cierren para siempre.

—Tú lo puedes—respondió sereno el mancebo—no será la mía la primera sangre de los reyes de los Achimis con que tu sable se enrojezca.

Magmahú quedó desconcertado al oír tales palabras, y el temblor de su diestra hacía resonar sobre el pavimento el corvo aljange que empuñaba.

Nay, deshaciéndose de sus esclavas, que aterradas la detenían, entró en la habitación donde estaban Sinar y Magmahú, y abrazándose a las rodillas de éste, bañábase con las lágrimas los pies, exclamando:

—¡Perdónanos, señor, o máñanos a ambos!

El viejo guerrero, arrojando de sí el arma terrible, se dejó caer en un diván, y murmuró, al ocultarse el rostro con las manos:

—¡Y ella le ama!... ¡Orsué, Orsué! ya te han vengado.

Sentada Nay sobre las rodillas de su padre, le estrechaba entre sus brazos, y cubriéndole de besos la cana cabellera, le decía sollozante:

—Tendrás dos hijos en vez de uno; aliviaremos tu vejez, y su brazo te defenderá en los combates.

Levantó Magmahú la cabeza, y haciendo ademán a Sinar para que se acercara, le dijo con voz y semblante terrible, extendiendo hacia él su diestra:

—Esta mano dió muerte a tu padre; con ella le arranqué del pecho el corazón... y mis ojos se gozaron en su agonía.

Nay selló con los suyos los labios de Magmahú, y volviéndose precipitadamente a Sinar, tendió sus

líneas manos hacia él, diciéndole con su más amoroso acento:

—Estas curaron tus heridas y estos ojos han llorado por ti.

Sinar cayó de hinojos ante su amada y su señor; éste, después de unos momentos, le dijo abrazando a su hija:

—He aquí lo que daré en prueba de mi amistad el día en que esté seguro de la tuya.

—Juro por mis dioses y el tuyo—respondió el hijo de Orsué,—que la mía será eterna.

Pasados dos días, Nay, Sinar y Magmahú salieron de Cumasia a favor de la obscuridad de la noche, llevando treinta esclavos de ambos sexos; camellos y avestruces para cabalgar, y cargados otros con las más preciosas alhajas y vajillas que poseían; gran cantidad de tibar (1) y cauris (2), comestibles y agua, como para hacer un largo viaje.

Muchos días gastaron en aquella peligrosa peregrinación. La caravana tuvo la fortuna de llevar buen tiempo y de no tropezar con los sereses (3). Durante el viaje, Sinar y Nay disipaban la tristeza del corazón de Magmahú, entonando a dúo alegres canciones, y en las noches serenas, a la luz de la luna y al lado de la tienda de la caravana, ensayaban los graciosos amantes dichas danzas al son de las trompetas de marfil y de las liras de los esclavos. Por fin llegaron al país de los Kombu-Manez en las riberas del Gambia; y aquella tribu celebró con lujosas fiestas y sacrificios al arribo de tan ilustres huéspedes. Desde tiempo memorial se hacían los Kombu-Manez y los Cambeez una guerra cruel, guerra atizada en ambos pueblos, no solamente por el odio que se profesaban, sino por una criminal avaricia. Unos cambiaban a los europeos, traficantes en esclavos, los prisioneros que hacían en los combates, por armas, pólvora, sai, hierro y aguardiente; y a falta

(1) Oro en polvo.

(2) Conchas que sirven de moneda.

(3) Ladrones.

de enemigos que vencer, los jefes vendían a sus hijos. El valor y la pericia militar de Magmahú y Sinar fueron por algún tiempo de gran provecho a los Kombu-Manez en la guerra con sus vecinos, pues libraron contra ellos repetidos combates en los cuales obtuvieron un éxito hasta entonces no alcanzado. Preciso Magmahú a optar entre que se degollase a los prisioneros, o que se les vendiera a los europeos, hubo de consentir en lo último, obteniendo al propio tiempo la ventaja de que el jefe de los Kombu-Manez impusiera penas terribles a aquellos de sus súbditos que enajenasen a sus dependientes o a sus hijos.

Una tarde que Nay había ido con algunas de sus esclavas a bañarse en las riberas del Gambia y que Sinar, bajo la sombra de un gigantesco moabad, sitio en que se aislaban siempre algunas horas en los días de paz, la esperaba con amorosa impaciencia, dos pescadores amarraron su piragua en la misma ribera donde Sinar estaba, y en ella venían dos europeos: el uno se puso trabajosamente en tierra, y arrodillándose sobre la playa, oró por algunos momentos; los pálidos rayos del sol moribundo, atravesando el follaje, le iluminaron la faz tostada por los soles y orlada por una espesa barba, casi blanca. Como al ponerse de hinojos había colocado sobre la arena el ancho sombrero de cañas que llevaba, las brisas del Gambia jugaban con su larga y enmarañada cabellera. Tenía un vestido talar negro, enlodado y hecho girones, y le brillaba sobre el pecho un crucifijo de cobre.

Así le encontró Nay al acercarse en busca de su amante. Los dos pescadores subieron a este tiempo el cadáver del otro europeo, el cual estaba vestido de la misma manera que su compañero. Los pescadores refirieron a Sinar cómo habían encontrado a los dos blancos bajo una barraca de hojas de palmera, dos leguas arriba del Gambia; expirante el joven y ungiéndole el anciano al pronunciar oraciones en una lengua extraña.

El viejo sacerdote permaneció por algún rato

abstraído de cuanto le rodeaba. Luego que se puso en pié, Sinar, llevando de la mano a Nay, asustada ante aquel extranjero de tan raro traje y figura, le preguntó de dónde venía, qué objeto tenía su viaje, y de qué país era; y quedó sorprendido al oírle responder, aunque con alguna dificultad, en la lengua de los achamis:

—Yo vengo de tu país; veo pintada en tu pecho la serpiente roja de los achamis nobles, y hablas su idioma. Mi misión es de paz y amor: nací en Francia. ¿Las leyes de este país no permiten dar sepultura al cadáver del extranjero? Tus compatriotas lloraron sobre los de otros dos de mis hermanos, pusieron cruces sobre sus tumbas, y muchos las llevan de oro, pendientes del cuello. ¿No me dejarás, pues, enterrar el extranjero?

Sinar le respondió:

—Tú debes decir la verdad, no debes ser malo como los blancos, aunque se te parezcan; pero hay quien manda más que yo entre los Kombu-Manez. Ven con nosotros: te presentaré a su jefe y llevaremos el cadáver de tu amigo para saber si permite que le entierres en sus dominios.

Mientras andaban el corto trecho que los separaba de la ciudad, Sinar hablaba con el misionero, y Nay se esforzaba por entender lo que decían; seguíanle los dos pescadores conduciendo en una manta el cadáver del joven sacerdote. Durante el diálogo, Sinar se convenció de que el extranjero era veraz, por el modo cómo le respondió a las preguntas que le hizo sobre el país de los achamis; reinaba en éste un hermano suyo, y a Sinar lo creían muerto. Explicóle el misionero los medios de que se había valido para captarse el afecto de algunas tribus achamis; afecto que tuvo por origen el acierto con que había curado algunos enfermos y la circunstancia de haber sido uno de ellos la esclava favorita del rey. Los achamis le habían dado una caravana y víveres para que se dirigiese a la costa con el único de sus compañeros que sobrevivía; pero, sorprendidos en

el viaje por una partida enemiga, algunos de sus guardianes los abandonaron y otros fueron muertos; contentándose los vencedores con dejar sin guías en el desierto a los sacerdotes, temerosos quizá de que los vencidos volviesen a la pelea. Muchos días habían viajado sin otro guía que el sol y sin más alimento que las frutas que hallaban en los oasis. Dos días hacía que habían llegado a la ribera del Gambia, donde, devorado por la fiebre, acababa de expirar el joven, cuando los pescadores lo encontraron. Magmahú y Sinar llevaron al sacerdote a presencia del jefe de los Kombu-Manez. El segundo dijo:

—He aquí un extranjero que te suplica le permitas enterrar en tus dominios el cadáver de su hermano, y tomar descanso para poder continuar el viaje a su país; en cambio, te promete curar a tu hijo.

Aquella noche, Sinar y dos esclavos suyos ayudaron al misionero a sepultar el cadáver. Arrodillado el anciano al borde de la huesa que los esclavos iban colmando, entonó un canto profundamente triste, y la luna hacía brillar en la blanca barba del ministro lágrimas que rodaban a humedecer la tierra extranjera que le ocultaba el denodado amigo.

XLI

Poco menos de dos semanas habían pasado desde la llegada del sacerdote francés al país de los Kombu-Manez. Sea porque solamente Sinar podía entenderle, o porque gustase del trato del europeo, daban juntos diariamente largos paseos, de los cuales notó Nay que su amante regresaba preocupado y melancólico. Supuso ella que las noticias que daba a Sinar de su país el extranjero, debían de ser tristes, pero más tarde creyó acertar mejor con la causa de aquella abstracción, imaginando que los recuerdos de la patria avi-

vados por la relación del sacerdote, hacían desear nuevamente al hijo de Orsué verse en su suelo natal. Mas como la amorosa ternura de Sinar para con ella, aumentaba, en vez de disminuir, procuró aprovechar una ocasión oportuna para confiarle sus zozobras.

Apagábase una tarde calurosa, y Sinar, sentado en la ribera, parecía dominado por aquella melancolía que en los pasados días de su esclavitud tanto había enternecido a Nay. Esta le divisó y se acercó a él con silenciosos pasos. Con la corta y ahuecada falda carmesí salpicada de estrellas de plata, el ancho chal color de cielo, que después de ocultarle el seno, cruzándolo, pendía de la cintura; el turbante rojo prendido con agujas de oro y collares y las pulseras de ágata, debía estar más seductora que nunca. Sentóse al lado de su amado; mas éste continuaba meditabundo. Al fin le dijo ella:

—Nunca creía que al acercarse la hora antes tan deseada por tí en que mi padre debe hacerme tu esposa, hubieras de estar como te veo. ¿Te ama él menos que antes? ¿Soy acaso menos tierna contigo, o no te parezco tan bella como el día en que merecí me confesaras tu amor?

Sinar, fijos los ojos en las fugitivas ondas del Gambia, parecía no haber oído. Nay le contempló en silencio unos momentos con los ojos anegados de lágrimas, y su pecho dejó escapar un sollozo. Al oírla Sinar, se volvió con precipitación hacia ella, y viendo aquellas lágrimas, besóla tiernamente, diciéndola:

—¡Lloras! ¿Así recibes la felicidad que tanto hemos esperado y que al fin llega?

—¡Ay de mí! Jamás habías sido sordo a mi voz: ¿cómo te habían buscado mis ojos sin que los tuyos me mostrasen halagüeños; por eso lloran.

—¿Cuándo, di, el más leve acento tuyo no turbó el más profundo de mis sueños; cuándo, aunque no te esperase ni te viese, dejé de sentirte si te acercabas a mí?

—Hace un instante; y tu inocencia, Sinar, confirma tu desdén y mi desventura.

—Perdón, Nay, perdóname, pues pensaba en ti.

—¿Qué te ha dicho ese extranjero?—preguntóle Nay, enjugadas ya sus lágrimas y jugando con los collares y dientes de los collares del guerrero, —¿por qué buscas con él la soledad que tantas veces me dijiste te era odiosa sin mí? ¿Te ha contado que las mujeres de su país son blancas como el marfil y que sus ojos tienen el azul profundo de las olas del Tando? Mi madre me lo decía a mí y había olvidado contártelo... A ella le habló mucho del país de los blancos un extranjero parecido al que amas según ella le amó; pero desde que partió de Cumasia ese hombre, mi madre se hizo odiosa a Magmahú; ella adoraba a otro dios y mi padre le dió muerte.

Nay calló por largo rato, y Sinar se mostraba dominado otra vez por tristes pensamientos. Despertando de súbito de esa especie de embebecimiento, toma de la mano a su amada, sube con ella a la cima de un peñasco, desde el cual se divisaba el desierto sin límites y el caudaloso río, y la dice:

—El Cambia, como el Tando, nacen del seno de las montañas. La madre no es nunca hechura de su hijo. ¿Sabes tú quién hizo las montañas?

—No.

—Un Dios las hizo. ¿Has visto el Tando retroceder en su carrera?

—No.

—El Tando va como una lágrima a perderse en un inmenso mar, ante cuyo bramido, el rumor de un río es como tu voz comparada con la del huracán que durante las tempestades sacude estos bosques gigantescos cual si fuesen débiles juncos. ¿Sabes tú quién hizo el mar?

—No.

—El rayo que rasga las nubes y cayendo sobre la copa del moabad la despedaza, como tu planta deshace una de sus flores secas; las estrellas que como las ágatas y perlas que bordan sus

manos de calín, tacionan el cielo; la luna, que le place contemplar en la soledad, dejándote aprisionar entre mis brazos; el sol bruñó tu tez de azabache y de luz a tus ojos, sol ante el cual el fuego de nuestros sacrificios es menor que el brillo de una luciérnaga; todo es obra de un solo Dios. El no quiere que ame a otra mujer que a ti. El manda que te ame como a mí mismo. El quiere que yo ría, si ríes; que llore yo, si lloras, y que, en cambio de tus caricias, te defienda como a mi propia vida; que si mueres, llore yo sobre tu tumba hasta que vaya a juntarme contigo más allá de las estrellas, donde me esperarás.

Nay, entrambas manos cruzadas sobre el hombro de Sinar, le contemplaba enamorada y absorta, porque nunca le había visto tan hermoso. Estrechándola él contra su corazón, besóla con ardor los labios, y continuó:

—Eso me ha dicho el extranjero para que yo te lo enseñe; su Dios debe ser nuestro Dios.

—Sí, sí—replicó Nay enlazándole con los brazos,—y después de El, yo, tu único amor.

XLII

Al amanecer del día en que el jefe de los Kombu-Manez había ordenado se diera principio a las pomposas fiestas que se hacían en celebración del desposorio de Sinar, éste, Nay y el misionero bajaron sigilosamente a la ribera del Gambia, y buscando allí el sitio más recóndito, el misionero se detuvo y les habló así:

—El Dios que os ha hecho amar, el Dios que adorarán vuestros hijos, no desdén por templo los pabellones de palmeras que nos ocultan, y en este instante os está viendo. Pidámosle que os bendiga.

Adelantándose con ellos a la orilla, dijo lentamente y con voz solemne una oración que los amantes repitieron arrodillados a uno y otro lado